

Jueves XVII del TO
Ciclo B



1 de agosto de 2024

Jr 18, 1-6

Sal 145

Mt 13, 47-53

P. Eduardo Suanzes, msp

En el relato de las parábolas de Reino que hemos viniendo siguiendo estos últimos días, llegamos a la última en la que Jesús habla de una red. Recordemos que estaba Jesús en una barca, con la gente apostada en la orilla, y que desde este escenario ha relatado todas esas parábolas que tienen que ver con el mundo agrario. Ahora, ya de vuelta a casa, dejado el lago, dice esta parábola que tiene que ver con el mar. Cosas de Jesús.

El tema de esta parábola es el de una red: Se trata de una red *barredera*. Esta es ancha, de unos dos metros, y muy larga; al hundirse su borde lastrado, manteniéndose el otro a flote, forma dentro del agua una pared de doble o triple malla, que los pescadores desde dos barcas, extienden dibujando un amplio círculo, para recogerla luego tirando ya ellos mismos, ya también otros colaboradores que han quedado en la orilla, sujetando uno de los extremos de la red. Al «barrer» ésta todo lo que encuentra, es natural que arrastre no sólo diversidad de peces, sino también muchas impurezas inútiles¹: algas, detritus, etc².

Los judíos se dedicaban poco a la caza; pero pescaban mucho, sobre todo en el mar de Galilea, algunas de cuyas especies de pescados eran famosas y se vendían en los mercados de todo el país e incluso en el extranjero. La ciudad de Tiberíades se convirtió rápidamente en un importante centro pesquero. Así que los oyentes de Jesús entienden muy bien de lo que está hablando, siendo el argumento de la parábola una escena cotidiana de por las mañanas en Cafarnaúm: la separación de los peces después de una noche de pesca³. Como dato curioso mencionar que eran considerados peces «malos» aquellos que no tienen escamas, que casi tienen aspecto de culebra, y todos los peces sin aletas. También eran malos los cangrejos, las langostas..., que no eran buenos para comer.

Como el pescar está asociado en los evangelios al ministerio de los discípulos, pues ellos serán «pescadores de hombres», todos estos peces son entonces el resultado de la predicación apostólica. Está claro que la llamada del Reino es una llamada indiscriminada a todo tipo de personas, de toda clase y condición: todos por igual son arrastrados por la Red del Reino.

Además, esa red barredera está indicando otra característica de la predicación: que los seguidores de Jesús no han de ser selectivos; así es con el Reino de Dios: una predicación para todos, pues el reino recoge a toda clase de condición de hombres, y no hay, de antemano, que separar a los que nosotros creemos, según nuestros criterios, que no son los adecuados. Jesús es claro en este aspecto y mucho tenemos que corregir en nuestra visión del mundo cuando juzgamos a los que

¹ Cfr. ISIDRO GOMA CIVIT. *El Evangelio según San Mateo*. Vol I Facultad de Teología de Barcelona. Barcelona, 1980

² Por eso es que en Lc 5,2 se dice que «limpiaban las redes»

³ Cfr. PIERRE BONNARD. *El Evangelio según San Mateo*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1975

no son como nosotros, o que son de otra forma de pensar y tienen otra forma de vida. Como los discípulos que querían efectuar ya la siega en la parábola del trigo y la cizaña. Aviso a navegantes.

Al ir leyéndola (escuchándola) nos acordamos casi literalmente de la parábola del trigo y la cizaña. Si allá se utilizaba un lenguaje agrícola, aquí uno de pescadores. Muchos elementos son comunes a las dos: los justos y los malos, el horno encendido, la separación de los ángeles, el llanto y el rechinar de dientes... Cuando Jesús la explica, dice que se obtienen, como fruto de la predicación, peces buenos y malos⁴ que están mezclados, que el juicio los separará. Pues bien, estos peces malos simbolizan a «los malos/malvados», siempre en relación con «el Malo». La preocupación de Mateo está en la comunidad de los que han elegido a Jesús: entre ellos hay algunos que solo siguen a Jesús en apariencia. Su destino, como en la parábola de la cizaña, es también el fuego destructor. Lo que se está queriendo decir aquí es que la no aceptación de Jesús, el ser cizaña, conlleva la frustración definitiva del hombre («llanto y rechinar de dientes»), o lo que es lo mismo, perder la vida para siempre, la realización plena en Dios. La parábola propone a los discípulos la suerte final, la muerte, para orientarlos en la decisión. Por contrapartida, los únicos que llegan a la vida son los que producen fruto.

Al final, termina la instrucción a los discípulos en privado volviendo Jesús al tema del «*entender*»; este «*entender*» es lo que ha dado el tono a toda esta sección de parábolas, y Jesús tiene especial cuidado en ello, porque, recibido el conocimiento, el discípulo ha de exponerlo a los demás. Esto lo tiene que comprender el discípulo. Ante la pregunta de Jesús [—«*¿lo entienden?*»], el seguidor de Jesús no tiene que dar un «sí», como lo dan los alumnos en la escuela. Ha de ser totalmente consciente y darla desde el fondo del corazón. Pero esto con una particularidad especial.

En efecto. En este punto es entonces cuando Mateo, en boca de Jesús, pone esa frase un tanto enigmática: «*Ya ven, un escriba que entiende del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo*».

Con esta sentencia Mateo establece una oposición entre los «*letrados/escribas*» cristianos, los que siguen a Jesús, y los de Israel. Estos últimos tenían detrás una inmensa tradición interpretativa que pretendía no salirse de los límites de lo antiguo. Por el contrario, el letrado, el escriba seguidor de Jesús, que es comparado con un padre de familia, es decir, con un amo de casa, un rico propietario, que ha comprendido el secreto del reino, ya no depende de su antigua tradición, sino que en él «*lo nuevo*» tiene el primer lugar; «*lo antiguo*» está subordinado a lo nuevo. Y esto tiene especial relevancia en el Evangelio de Mateo, porque sabemos que escribe para los judíos. Éste ha encontrado el tesoro, la perla de que se hablaban anteriormente, y no cesa de extraer enseñanzas para sus oyentes. Extraerá de su baúl cosas antiguas y cosas nuevas, pero lo antiguo ha de interpretarse desde lo nuevo. Hacerlo al revés no se contempla en el Reino.

El seguidor de Jesús no se basa en primer lugar en lo que han dicho o hecho Moisés o los Profetas, sino que comienza con el mensaje de Jesús. Este es la clave de lectura de todo el Antiguo Testamento, como en otras ocasiones hemos dicho. El modelo de este letrado, de este seguidor de Jesús, es el mismo evangelista. En Mateo lo nuevo no se une simplemente a lo viejo; porque no hay más que una revelación en la que están íntimamente unidos lo nuevo y lo viejo. Lo nuevo renueva lo viejo y es entonces cuando lo viejo se hace nuevo⁵.

⁴ Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981

⁵ Cfr. PIERRE BONNARD. *Op.cit.*